

LA RESURRECCIÓN DEL RENTISTA*

En *Capitalism Unleashed* [Capitalismo desembridado], Andrew Glyn presenta una poderosa historia de la trayectoria económica de las economías de la OCDE –los países ricos occidentales más Japón– desde principios de la década de 1970 hasta la actualidad. En comparación con los primeros 25 años después del final de la Segunda Guerra Mundial, la fase más reciente, aún en curso, ha estado dominada por un menor crecimiento económico, un mayor desempleo, más desigualdad y un sistema financiero menos estable, así como por una presión constante encaminada a rebajar los niveles de vida de la gente corriente.

¿Qué se esconde detrás de tendencias tan marcadamente desfavorables? El título mismo del libro proporciona una respuesta concisa. El capitalismo se «desembridó» de las cadenas que le fueron impuestas durante un periodo de 40 años que comenzó en las profundidades de la Depresión de la década de 1930 y continuó hasta principios de la de 1970. En el periodo 1945-1970, el embridamiento del capitalismo produjo lo que hoy suele conocerse como su «edad de oro» de rápido crecimiento económico, bajos niveles de desempleo, alta productividad y mejoras moderadas pero claramente discernibles en el capítulo de la igualdad. El capitalismo desembridado introdujo en la nueva era que Glyn define como de «austeridad, privatización y desregulación».

Andrew Glyn está sobradamente capacitado para contar la historia de cómo y por qué se desembridó el capitalismo, y cuáles han sido sus consecuencias para diferentes países y clases sociales. Glyn ya había escrito con otros autores dos libros influyentes que estudian el ascenso y la caída de la edad de oro, *British Capitalism, Workers and the Profit Squeeze* (1972, junto a Robert Sutcliffe) y *Capitalism Since 1945* (1991, junto a Philip Armstrong y John Harrison). Asimismo, ha escrito importantes monografías sobre rasgos específicos de la era neoliberal. Entre las mismas se incluyen discusiones acerca de las causas de la persistencia de altas tasas de desem-

* Andrew Glyn, *Capitalism Unleashed. Globalization and Welfare*, Oxford University Press, 2006, 234 pp.

pleo en Europa; las operaciones con las políticas de bienestar y los desequilibrios globales resultantes de la emergencia de China como un monstruo de las exportaciones.

Capitalism Unleashed reúne en un mismo lugar estos y otros aspectos de la era neoliberal, en un conciso texto de 183 páginas. El libro está organizado por temas y no con arreglo a una narración cronológica. El capítulo I comienza considerando cómo surgieron durante el largo *boom* una serie de desafíos a la hegemonía estadounidense –por parte de trabajadores, países productores de petróleo y por la competencia de las propias economías de la OCDE–, que condujeron a la desaparición de la edad de oro. Glyn se centra entonces en las iniciativas políticas fundamentales que han definido al neoliberalismo contemporáneo, entre las que se incluyen las políticas macroeconómicas de austeridad, la privatización de las industrias nacionalizadas y la desregulación de los mercados. Esto prepara el terreno para su discusión acerca de las consecuencias del capitalismo desembridado, en lo que atañe a mercados financieros, globalización y debilitamiento de la influencia de los movimientos obreros en toda la OCDE. Glyn evalúa a continuación el historial de conjunto del neoliberalismo con arreglo a dos dimensiones. En primer lugar, el hecho de que ha conducido a un crecimiento económico más lento y a una mayor inestabilidad, tendencias que los capitalistas mismos consideran perturbadoras; y en segundo lugar, que ha producido desigualdades crecientes y por regla general ha reducido los niveles de bienestar social, una cuestión que suscita una preocupación natural en la mayoría de las personas con la excepción de los capitalistas.

El libro trata también cuestiones técnicas, y contiene 14 cuadros y 39 figuras. No se puede contar esta historia seriamente evitando por completo las cuestiones técnicas. Sin embargo, la presentación de los problemas por parte de Glyn es accesible y agradable. En efecto, una medida decisiva de su destreza de economista consiste en su capacidad para presentar los materiales técnicos más importantes de la forma más sencilla posible sin menoscabo de su sustancia. El difunto Robert Heilbroner observó en una ocasión que la economía se caracteriza por el «rigor, pero, por desgracia, también *mortis*». Glyn ofrece rigor pero evita el *mortis*.

Para empezar, ¿por qué se embridó el capitalismo? Glyn no comienza con esta cuestión como punto de partida, como creo que probablemente debería haber hecho. A mi modo de ver, hay dos causas interrelacionadas. La primera es la Depresión de la década de 1930 y los horrores del fascismo y de la Segunda Guerra Mundial que fueron el resultado del desplome económico global. La segunda es el ascenso simultáneo de la Unión Soviética y el desafío del comunismo.

El keynesianismo y la idea de una economía mixta surgieron de esa coyuntura histórica. John Maynard Keynes fue bastante explícito colocando su trabajo en esa coyuntura, como lo demuestra la publicación de su obra

maestra, *Teoría del empleo, el interés y el dinero* en 1936, y en su actividad febril posterior para construir un orden económico viable en la posguerra.

La premisa subyacente en la economía mixta era franca. Keynes y los reformadores de mentalidad parecida no querían renunciar al capitalismo, y en particular a dos de sus rasgos básicos: la propiedad y el control de los medios de producción de la economía permanecerían fundamentalmente en manos de los capitalistas privados; y la mayor parte de la actividad económica estaría guiada por «fuerzas de mercado», es decir, por la combinación dinámica del interés egoísta y de la competencia. Más en concreto, la fuerza motriz de la economía mixta, como en el capitalismo de libre mercado, seguirían siendo los capitalistas que intentan obtener tantos beneficios como puedan. Al mismo tiempo, Keynes no ocultaba que para mantener un mercado regido por el beneficio era imperativo introducir intervenciones políticas para contrarrestar las tendencias intrínsecas del capitalismo —demostradas con efectos devastadores con las calamidades de la década de 1930— a los desplomes financieros, las depresiones y el desempleo de masas.

El marco de referencia de Keynes mostraba también cómo el pleno empleo y las intervenciones en el bienestar social podían justificarse no sólo para aliviar las condiciones sociales, sino que podrían promover además la estabilidad del capitalismo. De esta suerte, si los trabajadores tienen empleo y pueden llevar a casa una buena paga, ellos y sus familias gastarán por consiguiente más dinero, lo que a su vez expandirá los mercados y creará mayores oportunidades de beneficio para las empresas. El seguro de desempleo y otras políticas de ayuda a la renta crean a tal efecto un zócalo mínimo estable del nivel de demanda total de la economía. Esto permite a las empresas asumir que su base de clientes probablemente no habrá de desaparecer con motivo de una recesión económica, lo que les llevaría a la ruina.

En resumen, Keynes planteó la posición que iría en ascenso en la citada era: poner riendas al capitalismo era la única manera de salvarlo. Las riendas que fueron introducidas mediante la OCDE incluían políticas macroeconómicas centradas en conseguir una aproximación al pleno empleo; la regulación de los mercados financieros para impedir excesos especulativos y para vehicular el crédito hacia las inversiones productivas; la propiedad nacional de las industrias básicas que son monopolios naturales; la regulación de los mercados de trabajo para que otorguen a los trabajadores derechos básicos de organización y el mantenimiento de un zócalo razonable de los niveles salariales; y programas de bienestar que proporcionen una protección básica de los niveles de renta.

Al mismo tiempo, la creación de economías mixtas después de la Segunda Guerra Mundial dependía de que previamente los capitalistas restauraran su autoridad sobre la clase trabajadora y recuperaran la dirección general de la economía. Su autoridad se había visto profundamente menguada du-

rante la Depresión y la guerra. Glyn sólo menciona brevemente este punto en *Capitalism Unleashed*, pero es uno de los principales temas de su obra anterior. Tal como escriben Glyn y sus coautores en *El capitalismo desde 1945*:

Con el *boom* llegó la generalización y la expansión de las provisiones del Estado del bienestar, conjunto de tentativas sin precedentes de los gobiernos para planificar el crecimiento económico y amoldar las estructuras industriales, así como algunos experimentos de implicación de los trabajadores en la dirección de las empresas. Sin embargo, el aspecto más importante que hemos de reconocer consiste en que estos cambios no socavaron en lo fundamental las relaciones esenciales que apuntalan las economías capitalistas [...] Los trabajadores seguían obligados a vender su fuerza de trabajo a empleadores cuya libertad de acción podrían limitar, pero desde luego no controlar. A pesar de la importancia creciente de la intervención estatal mediante la planificación económica y las políticas industriales, las decisiones esenciales acerca de la inversión seguían siendo tomadas por los controladores del capital privado, conforme al criterio de la rentabilidad privada.

No había garantía alguna de que el capitalismo embridado funcionara realmente. De hecho, al término de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos era la única economía capitalista occidental que funcionaba decentemente. Se generalizó el temor de que Estados Unidos volviera a sufrir una depresión económica una vez que el enorme pilar de los gastos de guerra se viniera abajo con el final de ésta. Sin embargo, el capitalismo embridado llegó a funcionar durante un cierto tiempo, dando lugar a la edad de oro.

Si el capitalismo embridado trajo la edad de oro, ¿por qué había que quitarle las bridas? Éste es el punto en el que *Capitalism Unleashed* retoma la historia. Por supuesto, la mayor parte de los sectores de las grandes compañías nunca aceptaron las restricciones en su búsqueda de beneficios que la economía mixta les había endilgado y así durante toda la edad de oro maniobraron constantemente –aunque no eficazmente– para librarse de las mismas. Una minoría de economistas del libre mercado, dotados de la misma constancia, entre los que destacan Friedrich von Hayek y Milton Friedman, nunca aceptaron ni siquiera la versión suavizada del keynesianismo propuesta en Estados Unidos. Ellos proporcionaron munición intelectual a la oposición empresarial, aunque también en este caso sin excesiva eficacia durante la edad de oro.

El principal factor que condujo a la desaparición de la edad de oro fue la fuerza acumulativa de sus propias contradicciones. Glyn sostiene que fueron cuatro los factores principales que condujeron a su desenmarañamiento. El primero fue la consecución de reducidos niveles de desempleo en todas las economías de la OCDE, esto es, el objetivo más importante del modelo keynesiano –la promoción del pleno empleo– creó problemas al modelo precisamente porque se consiguió llevarlo a cabo. Lo que sucedió fue que, con tasas bajas de desempleo, los trabajadores ganaron confianza en sí mismos

y aumentaron su poder de negociación. Fueron capaces de pujar por sus salarios y comprimir los beneficios empresariales. Cuando cayeron los beneficios, los capitalistas estaban menos dispuestos a proveer fondos para nuevas inversiones. Cuando cae la inversión privada, entonces el crecimiento económico también pierde vigor. Además, frente al aumento de la factura salarial, los capitalistas intentaron defender sus márgenes de beneficio trasladando esos costes a los consumidores. Esto se tradujo en precios más altos y, por consiguiente, en una inflación constante.

El segundo problema es lo que Glyn denomina la «desorganización internacional». El modelo de la edad de oro se basaba en el permanente liderazgo económico de Estados Unidos y el papel dominante del dólar en el comercio internacional. Cuando Europa occidental y Japón comenzaron a desafiar a las firmas estadounidenses en los mercados globales –incluidos los que se encontraban en Estados Unidos– ello se tradujo en que el sistema de tipos de cambio fijos basados en el dólar de Bretton Woods dejó de ser sostenible. A su vez, esto creó cada vez más grietas en todo el edificio formado por rígidos regímenes de regulación financiera en toda la OCDE. La continua inflación –y la disparidad de las tasas de inflación entre los miembros de la OCDE– socavaron a su vez el funcionamiento del sistema de Bretton Woods.

Un tercer factor fue el aumento de los precios de las materias primas, y en particular el cuádruple aumento de los precios del petróleo a finales de 1973. Esta maniobra de los productores de petróleo de la OPEP reflejaba tanto los altos niveles de demanda generada por el crecimiento económico como el ascenso de una actitud de firmeza en las antiguas colonias. La conmoción petrolífera de 1973 aumentó enormemente a su vez las presiones inflacionistas en toda la OCDE, socavando más aún Bretton Woods y otras políticas de regulación financiera, puesto que éstas se basaban en el presupuesto de unas monedas razonablemente estables.

El último factor que cita Glyn es el debilitamiento del crecimiento de la productividad en todas las economías de la OCDE. Una productividad en aumento es lo que hace que crezca todo el pastel económico, de tal suerte que tanto trabajadores como capitalistas pueden llevar a casa ingresos más elevados, si dejamos a un lado quiénes son los que se llevan la parte más grande o pequeña del pastel. Así que un debilitamiento de la productividad aumentará inevitablemente las tensiones en torno al porcentaje relativo de salarios y beneficios. Glyn sostiene que el principal factor causante del freno de la productividad fue el debilitamiento de la inversión asociada con la compresión de la rentabilidad, puesto que bienes de equipo nuevos y mejores son la primera fuente de productividad. Así, pues, para Glyn la compresión del beneficio, la caída de la inversión privada y el declive de la productividad están estrechamente interrelacionados.

Hay otro factor relacionado que condujo a la desaparición de la edad de oro, y fue la transición de un sistema financiero relativamente estable, cen-

trado en el suministro de crédito a las actividades productivas, a un sistema cada vez más inestable basado en la especulación. Glyn no cita este factor, pero ha sido estudiado exhaustivamente por otros economistas, entre los que sobresale el sumamente influyente Hyman Minski, poskeynesiano tardío. Minski sostuvo enconadamente durante muchos años que la estabilidad del *boom* de la posguerra supuso una autolimitación en lo relativo a las operaciones en los mercados financieros, un argumento análogo a la idea de que las políticas de pleno empleo se verían socavadas con el tiempo a causa precisamente de sus propios éxitos. El problema con los mercados financieros en el que insiste Minski era que la estabilidad del *boom* creó un sentido de complacencia tanto en los capitalistas financieros como en los no financieros. De esta suerte, estaban cada vez más dispuestos a emprender prácticas financieras enormemente arriesgadas y especulativas –por ejemplo, endeudándose cada vez más y reduciendo sus participaciones en activos líquidos seguros– en busca de mayores beneficios. Asimismo, los capitalistas estaban cada vez más disgustados con las regulaciones financieras que inhibían sus estrategias de inversión. Por consiguiente, surgieron nuevas oportunidades de beneficio a los ojos de hábiles ingenieros financieros que podían crear técnicas para que los inversores pudieran sortear el régimen de regulación. Un ejemplo importante de esto fue la creación de un mercado de eurodólares a finales de la década de 1960. Operar en eurodólares permitió a las empresas estadounidenses evitar los techos de los tipos de interés y otras barreras que impedían la libre búsqueda de beneficios cuando operaban dentro de las fronteras estadounidenses.

Desde mediados de la década de 1970 en adelante, hubo un intenso debate entre los economistas de todos los colores acerca de la importancia relativa de estos factores en el proceso que condujo a la disolución de la edad de oro. Durante mucho tiempo, Glyn fue uno de los principales defensores de la posición según la cual el aumento de la militancia de los trabajadores, que condujo a subidas salariales, a una compresión de los beneficios y al consiguiente descenso de la inversión privada, fue el factor más importante. En este libro no vuelve a adentrarse en el debate y en sus pruebas, puesto que ahora su propósito consiste en avanzar en el análisis para explicar el capitalismo desembridado. Sin embargo, llega a ofrecer un cuadro impactante de la importancia de la militancia obrera a la hora de explicar el final de la edad de oro. Esto incluye una noticia publicada en el *Times* de Londres en 1974, que especulaba sobre la necesidad de un golpe militar para romper la fuerza de los sindicatos. Hasta el autor del citado artículo reconocía que un golpe militar en Gran Bretaña resultaba «prácticamente inconcebible», pero el mero hecho de que el *Times* contemplara una medida semejante pone de manifiesto el grado de ansiedad de los capitalistas británicos en aquel periodo.

La insistencia de Glyn en este enfoque tiene desde luego una sólida apoyatura en Marx, que fue el primer economista que reconoció el papel central de lo que denominó «ejército industrial de reserva» en la generación

de fluctuaciones macroeconómicas. Marx sostenía que los capitalistas se ven obligados a romper el poder creciente de los trabajadores cuando el ejército de reserva de parados se agota, aunque los costes de esa reconquista del poder se tradujeran en una recesión. Este punto fue ignorado por Keynes, pero fue reconocido por Michal Kalecki, el brillante economista polaco y contemporáneo de Keynes. Ya en 1943, en un célebre ensayo titulado «Aspectos políticos del pleno empleo», Kalecki llegaba a la conclusión de que, a causa del keynesianismo, en la actualidad tenemos una comprensión suficiente del capitalismo, y de esta suerte, en tanto que cuestión puramente técnica, las intervenciones de la política económica pueden sostener la economía con pleno empleo. Sin embargo, siguiendo a Marx, Kalecki insistía también en que el capitalismo del pleno empleo no sería aceptable para los capitalistas a no ser que, mediante un mecanismo exterior a la negociación en el mercado de trabajo, los capitalistas pudieran conservar el control de la situación. Kalecki llegaba a sugerir que el fascismo satisfacía esa necesidad particular de los capitalistas, precisamente porque su propósito era mantener a los trabajadores en su lugar, tuvieran o no empleo.

Introduciendo a sus lectores en la construcción del marco de la política neoliberal, Glyn empieza acertadamente con la política macroeconómica. El compromiso keynesiano estaba centrado en la política macroeconómica —y en particular en la idea de que los gobiernos centrales podían manipular sus niveles de gasto entre déficits y superávits presupuestarios (política presupuestaria) y podían ajustar los tipos de interés y la disponibilidad de crédito (política monetaria) para mantener un nivel de demanda global coherente con el pleno empleo. Pero cuando los capitalistas se dieron cuenta de que el mantenimiento de la aproximación al pleno empleo creaba un excesivo poder obrero, empezaron a usar esas mismas herramientas macroeconómicas, a partir de finales de la década de 1970, para poner en su sitio a los trabajadores. Los mandarines de la política económica intentaron ocultar ese objetivo con eufemismos técnicos acerca de operaciones «monetaristas» del banco central y otros por el estilo. Pero Glyn reúne algunas observaciones ilustrativas que no dejan duda alguna de lo que estaba pasando en realidad. Así, Michael Mussa, del FMI, reflexionando sobre el comienzo de las políticas de austeridad en el ámbito macroeconómico en Estados Unidos, observaba que «para asentar su credibilidad, la Reserva Federal tiene que demostrar su disposición a derramar sangre, mucha sangre, la sangre de otras personas». Asimismo, el entonces presidente de la Reserva Federal, Paul Volcker, llegó a decir que «la acción individual más importante de la Administración [de Reagan] en la lucha contra la inflación fue la derrota de la huelga de los controladores aéreos».

Éste era el marco macroeconómico que dio a luz la «nueva macroeconomía clásica», que proporciona el fundamento intelectual de las políticas neoliberales. El principio central de la Nueva teoría clásica es que las políticas gubernamentales no pueden conseguir rigurosamente nada en lo que atañe a la reducción del desempleo. Así, pues, las políticas macroeconómicas ne-

cesitan centrarse completamente en mantener la inflación en niveles bajos, donde el resultado más deseable sería una inflación cero. De esta suerte, en todo el mundo –en el África subsahariana tanto como en Washington– la política macroeconómica global se dirige hoy dentro del marco dominante del «control de la inflación», donde la regla son objetivos de inflación enormemente rígidos. Nada tiene de casual que Ben Bernanke, el actual presidente de la Reserva Federal, fuera un experto académico en el control de la inflación antes de entrar en la Administración de Bush.

De la nueva economía clásica/neoliberalismo se desprende también que no cabe esperar prácticamente nada bueno de la regulación de los mercados financieros. El último capítulo de la *Teoría general* de Keynes llamaba a «la eutanasia del rentista». Pero en la concepción neoliberal, el libre funcionamiento de los mercados financieros obliga a las firmas capitalistas a funcionar con niveles altos de eficiencia e innovación si no quieren ser pisoteadas por los competidores más capaces. De esta perspectiva se desprende también que no cabe justificación lógica de las empresas públicas. El movimiento de privatización comenzó en los países de la OCDE como un ataque de la derecha más dura de Margaret Thatcher. Sin embargo, como señala Glyn, «en la segunda mitad de la década de 1990 el gobierno socialista de Lionel Jospin privatizó más que los seis gobiernos anteriores juntos, incluyendo casi todas sus participaciones en los sectores bancarios y de aseguradoras».

A la vista de todo lo anterior, parecería que ya no hay espacio para políticas que promuevan el pleno empleo. De hecho, el neoliberalismo ofrece en realidad un camino distinto de promoción del pleno empleo, pero, una vez más, el neoliberalismo pone patas arriba la economía mixta keynesiana. Conforme a este punto de vista, si la gente está en paro es porque los mercados de trabajo son demasiado «rígidos». En concreto esto significa que los sindicatos y los estándares de salario mínimo impiden que la gente acepte trabajos por un salario que estarían dispuestos a aceptar. Asimismo, el seguro de desempleo impide que la gente se desespere lo suficiente para aceptar un empleo con un recorte salarial. En tales circunstancias, el neoliberalismo sostiene que los trabajadores sin empleo han elegido voluntariamente su estatuto de desempleados.

Si consideramos este punto desde un ángulo ligeramente distinto, una vez que hemos abandonado la idea de que hay que poner un zócalo mínimo al nivel global de demanda de la economía, se sigue entonces que las protecciones del empleo y otros programas de bienestar social ya no tienen la misma justificación que tenían dentro del marco keynesiano, en tanto que herramienta de promoción de la estabilidad. Antes bien, los programas de bienestar tan sólo contribuyen al problema del empleo manteniendo las demandas salariales de los trabajadores en niveles artificialmente altos. De ahí que, bajo el neoliberalismo, volvamos a la idea prekeynesiana de que el bienestar social sólo puede justificarse desde el punto de vista de la caridad pública.

Como he mencionado anteriormente, Glyn no discute cómo la elaboración sistemática de la inestabilidad financiera contribuyó a la desaparición de la edad de oro. Pero sí que consagra un cuidadoso capítulo a la documentación de los cambios espectaculares de los mercados e instituciones financieras que han sido uno de los rasgos característicos de la época neoliberal. Su discusión se centra en un primer momento en tres asuntos: la expansión del préstamo y el endeudamiento de las familias; el ascenso del movimiento de adquisición de empresas por parte de las corporaciones y el *boom* asociado de los mercados de valores; así como la explosión de la especulación monetaria internacional tras la desaparición del sistema de tipos de cambio fijos de Bretton Woods. Luego estudia cómo diferentes fuerzas de desestabilización surgidas de la desregulación financiera se unieron para producir crisis financieras que supusieron una amenaza sistémica, tanto con la crisis asiática de 1997-1998 como con la quiebra asociada de Long Term Capital Management, el principal *hedge fund* libre estadounidense que contaba con dos premios Nobel en economía financiera entre sus directores.

Glyn ve de hecho algunos efectos positivos de la expansión de los mercados financieros. En particular, sostiene que la expansión del acceso de las familias a créditos asequibles permitió a las familias comprar casas, coches y tener vacaciones, todo lo cual habría estado fuera de su alcance si sólo hubieran dispuesto de sus ingresos, o hubieran tenido que enfrentarse a las condiciones crediticias más severas que caracterizaban a la edad de oro. Glyn sostiene que esta mayor expansión del endeudamiento de las familias fue, a su vez, uno de los principales motores de la expansión económica de las décadas de 1980 y 1990. Pero su estimación fue publicada antes de que los graves desequilibrios actuales en los mercados hipotecarios estadounidenses fueran conocidos en toda su crudeza. En julio de 2007, los mercados financieros estadounidenses estaban balanceándose al borde de una grave crisis provocada por el hundimiento de los préstamos hipotecarios a las familias con mayor riesgo financiero, el mercado hipotecario *sub-prime*. La revista *Business Week* informaba de que «una reacción nerviosa» por parte de los banqueros, directores de *hedge funds* y calificadores de bonos de Wall Street en la situación actual «podría conducir a una destrucción mutua asegurada». De esta suerte, los efectos positivos de la expansión del préstamo a las familias sobre los que insistía Glyn han conducido ahora al ciclo clásico del crédito que consiste en un auge repentino al que sigue un estallido de la burbuja.

Glyn ofrece juicios mucho más severos sobre el movimiento de adquisiciones por parte de las corporaciones y sobre los mercados monetarios desregulados. Tal como observa el autor, la burbuja del mercado de valores estadounidense alcanzó cotas sin precedentes a finales de la década de 1990, cuando los precios de las acciones aumentaron en relación con los ingresos de las corporaciones a unos niveles mucho mayores que los que antecedieron a la quiebra de 1929. Glyn reconoce que la burbuja contribuyó de hecho a la financiación de las compañías *start-up* que hicieron

que las tecnologías de la información se tornaran viables comercialmente. Al mismo tiempo, la burbuja produjo un frenesí de fraude corporativo e inversiones excesivas en cable de fibra óptica y otros equipos asociados a los ordenadores. Mientras tanto, el movimiento de adquisición de empresas por parte de las corporaciones aumentó la presión sobre los directores para que hiciera subir el valor para el accionista lo más rápido que pudieran y con todos los medios a su alcance. Con frecuencia esto se tradujo en recortes de plantilla y rebajas de salarios y prestaciones sociales para los trabajadores. Como escribe Glyn, «aunque dejemos de lado los efectos más extremos de *boom* y posterior depresión, el valor para el accionista se ve inmediatamente aumentado por las acciones que recortan costes y aumentan beneficios. Los recortes de empleo suelen ser el camino más fácil para “extirpar costes”, por utilizar la jerga algo siniestra que utilizan los directores».

La liberalización de los mercados financieros globales –esto es, el abandono de los controles sobre los flujos financieros que constituyera una de las piedras angulares de la edad de oro– engendró un enorme aumento de las operaciones en los mercados financieros, tanto en los centros financieros establecidos como Nueva York, Tokio o Londres, como en los «mercados emergentes», tales como Ciudad de México, Bangkok o Johannesburgo. El resultado fue lo que Glyn denomina «uno de los aspectos más tristemente célebres de la expansión de las finanzas». Este desarrollo no tuvo prácticamente nada que ver con la promoción del comercio internacional. Su fuerza motriz fueron más bien los especuladores que movían sus fondos dentro y fuera de los diferentes mercados de valores, bonos o derivados de cada país, a menudo con la velocidad de un rayo, en busca de la próxima gran fortuna financiera o al menos del rumor de su existencia. Ahora bien, ¿por qué tales casinos financieros globales son más «tristemente célebres» que los casinos más convencionales de Las Vegas o Montecarlo? Para entenderlo resulta fundamental recordar que la especulación financiera incontrolada creó las condiciones de las crisis financieras, como en el desplome de los mercados asiáticos en 1997-1998, que supuso enormes pérdidas de ingresos y de puestos de trabajo para decenas de millones de personas que apenas sabían que sus sustentos eran vulnerables a los caprichos de los grandes apostadores financieros globales. Glyn cita un estudio del propio Banco Mundial que estimaba que la crisis asiática provocó que 22 millones de personas de la región pasaran a engrosar la lista de los que viven en condiciones de pobreza.

La liberalización de los mercados financieros conecta con tendencias más amplias en el ámbito del comercio, la inversión extranjera y los mercados de trabajo para crear una dinámica total de globalización neoliberal. Glyn entretiene su discusión de estas cuestiones más amplias en tres capítulos. Tal como reconoce, la integración global no es nada nuevo. La globalización avanzó con gran rapidez en la edad de oro, así que no puede aceptarse la presunción de que los dictados neoliberales deban dirigir sus próximos pasos. Al mismo tiempo, el avance de la globalización en términos

neoliberales ha abierto nuevas y fundamentales oportunidades para los capitalistas a la par que ha intensificado la presión sobre los trabajadores.

Además de los cambios puramente financieros del mercado, la globalización neoliberal ha supuesto la caída espectacular de los obstáculos al libre movimiento de las inversiones a largo y corto plazo. Esto ha animado a las empresas multinacionales a intensificar sus esfuerzos para identificar las localizaciones más rentables para sus operaciones. Las plataformas de producción multinacional dentro de una sola firma y la formación de lo que ahora se denomina «cadena global de mercancías» han surgido de estos esfuerzos. Tales oportunidades fueron especialmente aprovechadas por los capitalistas con la vista puesta en sus batallas para dar la vuelta a la compresión de la rentabilidad que puso fin a la edad de oro.

Glyn también discute el problema del persistente déficit comercial estadounidense y de la financiación de ese déficit mediante entradas masivas de ahorro en la economía estadounidense. Está también la gigantesca cuestión de China. Como dice Glyn, «el desarrollo actual y futuro de China hace empujarse a todas las demás corrientes de la economía mundial». La RPCh es la cuestión de mayor importancia cuando consideramos tanto del déficit comercial estadounidense como los enormes saldos financieros que fluyen del mismo. Asimismo, es el principal factor individual que explica la expansión del ejército global de reserva de fuerza de trabajo. Hasta que Estados Unidos y la OCDE no afronten estos cambios, la creciente fragilidad de los mercados financieros globales, y las fuerzas que están empujando hacia abajo los estándares de empleo en la OCDE continuarán inevitablemente.

La discusión de estas cuestiones por parte de Glyn es ambivalente. Durante muchos años, se opuso a los argumentos que postulan que el periodo actual de la globalización era marcadamente diferente de periodos anteriores de integración global, o que las tendencias globales actuales eran de fundamental importancia para explicar la trayectoria del neoliberalismo en las economías de la OCDE. Ahora parece haber moderado su posición, pero aún sostiene, por ejemplo, que «la mayoría del empleo en los países de la OCDE, tal vez una mayoría sustancial e incluso creciente, apenas se ha visto afectada por la competencia comercial internacional».

Glyn basa esta conclusión en el hecho de que una gran mayoría de los empleos actuales en las economías de la OCDE, así como una proporción en aumento de los empleos futuros, estarán en los servicios –lo que incluye a taxistas, porteros, enfermeras, profesores de enseñanza media, cuidadores de niños, psiquiatras, camareros y miembros de grupos de presión– y no en las industrias manufactureras que son inmediatamente vulnerables a la competencia global.

Sin embargo, subestima dos consideraciones fundamentales. En primer lugar, con el tiempo cada vez más servicios podrán ser comercializables en el mercado mundial, lo que incluye un amplio abanico de servicios profe-

sionales, informáticos y técnicos. En Estados Unidos estamos habituados a los teleoperadores que desde Bangalore atienden nuestras peticiones de números de teléfono, reservas de hotel y entradas para los conciertos. Pero también los puestos de contables de segunda línea, abogados, ingenieros, arquitectos y técnicos de laboratorio, así como su personal de apoyo, podrían ser cubiertos por empleados de los países pobres que trabajaran por, pongamos por caso, un quinto de los salarios de sus homólogos estadounidenses. En un artículo profusamente citado, publicado en *Foreign Affairs* en marzo de 2006, el ex vicepresidente de la Reserva Federal y economista de la Universidad de Princeton, Alan Blinder, estimaba que entre 42-56 millones de empleos –tanto industriales como de servicios– podrían llegar a ser subcontratables en el extranjero. Esto supone aproximadamente un tercio de todo el empleo en Estados Unidos.

Aunque, desde luego, no todos los 42-56 millones de empleos serán subcontratados, los empleadores en estas situaciones se beneficiarán de una mayor capacidad de presión sobre sus trabajadores porque crecerá su poder para hacer creíbles las amenazas de subcontratación en el extranjero. A su vez, esas mismas presiones debilitarán el poder de negociación de los trabajadores de los países ricos en un plano más general, incluso en aquellos empleos que no son directamente vulnerables a la subcontratación en el extranjero, puesto que se producirá un aumento de la competencia para ser contratados en empleos que parecen ofrecer un futuro más estable. Glyn reconoce este aspecto, pero, a mi juicio, minimiza su importancia.

Pueden crearse contratendencias a este tipo de presiones, pero éstas sólo pueden llevarse a cabo mediante luchas políticas para suplantarlo al neoliberalismo con un modelo eficaz de política igualitaria. Las consideraciones de Glyn sobre este punto –que podría parecer la principal preocupación a la hora de afrontar la conclusión del *Capitalism Unleashed*– son irregulares. Apenas dedica su atención a una cuestión obvia, a saber, si el capitalismo puede volver a ser embridado. O, para ser más exactos, ¿es viable pensar en un modelo actualizado de economía mixta centrado en la promoción del crecimiento económico con altas tasas de empleo así como en la sostenibilidad medioambiental –que en la edad de oro no fue una de las principales preocupaciones– a la par que se mantiene el control sobre la inflación y los mercados financieros especulativos?

En lugar de ello, Glyn se centra en otro conjunto de cuestiones en torno a la viabilidad del Estado del bienestar en la época actual. Su preocupación básica es si la globalización y el neoliberalismo han hecho que el Estado del bienestar resulte inasequible. Sostiene que, en su mayoría, los trabajadores tendrán que pagarse ellos mismos el Estado del bienestar, y no contar con que sean los ricos los que tengan que pagar la factura a través de los impuestos, pero indica que siempre fue así. Afirma que desde sus comienzos la idea en la que se basaba el Estado del bienestar era que la gente trabajadora con empleo transfiriera una parte de sus ingresos a la gente sin empleo o con otro tipo de adversidad.

La conclusión de Glyn es que la globalización no ha hecho inasequible el Estado del bienestar –esto es, al menos en esta esfera la globalización no se somete a los imperativos del neoliberalismo. Su principal prueba es sencilla: en muchos países de la OCDE, sobre todo en los escandinavos, la desigualdad no ha empeorado en la época neoliberal, y el aporte financiero al Estado del bienestar no ha disminuido. Presenta datos de sondeos que indican que grandes mayorías en casi toda la OCDE apoyan el igualitarismo, por ejemplo, la idea de que «la reducción de las desigualdades es una responsabilidad del gobierno».

Glyn no abandona esa argumentación y explora las posibilidades de reconfiguración del Estado de bienestar en torno a la idea de un subsidio de renta básica. En principio el subsidio de renta básica es sencillo. Consiste en que el gobierno dé a todo el mundo una suma de dinero mínima lo bastante digna en tanto que derecho de ciudadanía. La ventaja más importante de este enfoque frente a otros programas de bienestar es que no está subordinado a una previa comprobación de recursos. Tales programas obligan a las personas a abrirse paso a través de humillantes obstáculos burocráticos para demostrar su estado de necesidad. Además, el subsidio de renta básica daría a los trabajadores un mayor poder de negociación en el mercado de trabajo. Puesto que sus necesidades básicas de renta estarían cubiertas, no se verían tentados a aceptar un empleo a no ser que el sueldo y otras condiciones sean dignos. Pero este rasgo del subsidio de renta básica no es muy diferente de otros programas de bienestar social, como el seguro de desempleo.

Sin embargo, Glyn considera también la posibilidad de que muchas personas estén satisfechas trabajando menos y disponiendo de más tiempo libre, algo que el subsidio de renta básica también estimularía. Eso posibilitaría que mucha gente se inclinara por una visión socialista de las oportunidades humanas sin que sea necesario todo el aparato de una economía socialista para llegar allí. En opinión de Glyn, «el objetivo a largo plazo del socialismo siempre fue el de facilitar el desarrollo de la vida de las personas en una dirección más satisfactoria». O sea, el socialismo nunca consistió en última instancia en la propiedad pública de los medios de producción, en la erradicación de las fuerzas de mercado, o en una serie de variaciones sobre cómo había que asociar ambos. Estos elementos no eran más que medios para el fin último que era el de ofrecer a todo el mundo oportunidades para tener una vida digna.

Dicho esto, Glyn se muestra poco realista cuando piensa que un Estado del bienestar digno –se base o no en el subsidio de renta básica– es viable indefinidamente dentro del contexto del neoliberalismo. Son tres los problemas básicos e interrelacionados que hay que afrontar. En primer lugar, si las tendencias de crecimiento económico en la OCDE continúan su ritmo lento, motivado por las políticas macroeconómicas de austeridad, las entradas fiscales continuarán descendiendo en consecuencia, tal como reconoce Glyn. Esto creará una presión creciente para que se limite el gasto consig-

nado al Estado del bienestar. En segundo lugar, si las presiones a la baja de los salarios continúan expandiéndose junto con el ejército de reserva global de fuerza de trabajo, ello creará una necesidad creciente de transferencias de renta a través del Estado del bienestar para apuntalar los niveles de vida de la clase trabajadora. Y supondrá asimismo que las entradas fiscales procedentes de la clase obrera se vean empujadas adicionalmente a la baja. Por último, en la medida en que el capitalismo neoliberal continúe creando disparidades de renta y de riqueza cada vez mayores antes de que las redistribuciones del Estado del bienestar introduzcan sus efectos compensatorios, el poder político de los capitalistas continuará creciendo, puesto que los capitalistas tendrán más dinero para comprar el apoyo político. ¿De dónde vendría el poder político para exigir un subsidio de renta básica u otros aspectos de un Estado del bienestar ampliado? Una perspectiva más probable es la que ve a las fuerzas políticas reales tornándose, por el contrario, cada vez más alineadas contra las intervenciones tendentes a fortalecer el Estado del bienestar.

Sentadas estas consideraciones, lo que parece necesario incluso como programa igualitario mínimo no es sólo una defensa del Estado del bienestar, con independencia de que ésta se apoye principalmente en programas universales o de previa comprobación de recursos. Antes bien, se trata de concebir un programa político para volver a poner las bridas al capitalismo.

Una versión renovada de capitalismo embridado debería incluir necesariamente algunos rasgos básicos del modelo de economía mixta de la edad de oro. Esto es, estaría centrado en la creación de un entorno macroeconómico favorable con vistas a una aproximación al pleno empleo en condiciones dignas. Esta propuesta acarrearía, como antaño, la orientación a tal fin de las políticas presupuestarias y monetarias. Requeriría asimismo que las finanzas especulativas estuvieran severamente reguladas para llevar a los fondos de inversión de la economía hacia la creación de actividades productivas con altas tasas de empleo. Requeriría además un gran aumento de la inversión pública y de la propiedad pública, sobre todo si se trata de crear una infraestructura energética basada en la conservación y en las fuentes de energía renovables.

Una versión restablecida del capitalismo embridado también debería mostrarse más eficaz que la edad de oro en el campo del control de la inflación. Los rentistas y sus subordinados exageran ciertamente los costes de la inflación para la sociedad. Una economía capitalista avanzada puede funcionar eficazmente con tasas de inflación algo más altas que las que persiguen hoy los gobernadores de los bancos centrales. Pero ello no quiere decir que una inflación alta salga gratis, sobre todo, como vimos en la edad de oro, en lo que atañe a la puesta en práctica de un sistema sostenible de regulaciones financieras. En la medida en que la izquierda no se ocupe de tales costes, no hará más que reforzar el campo de la derecha que afirma que sólo ellos tienen los medios para dirigir una economía.

Desde luego, incluso este tipo de programa igualitario minimalista acarrearía desafíos formidables a las prerrogativas de las grandes empresas y de los ricos, sobre todo después de que una generación de neoliberalismo haya acostumbrado a la elite económica a obtener todo lo que quiera de los políticos: Blair y Clinton casi tanto como Thatcher, Reagan y Bush. Hay derecho a preguntarse si una versión actualizada de capitalismo embridado podría tornarse viable y sostenible si, como he mantenido anteriormente, una expansión considerable del Estado del bienestar bajo el neoliberalismo no es probable que sea sostenible.

A mi juicio, los desafíos políticos que implica la construcción de un capitalismo embridado sobre bases actuales serían al menos tan enormes como los de un Estado del bienestar considerablemente ampliado dentro del contexto de un capitalismo esta vez desembridado. Pero la diferencia importante es que, una vez construido el capitalismo embridado sobre bases nuevas, sería sostenible durante al menos tanto tiempo como la edad de oro. Sería decisivo, para empezar, que las decisiones de inversión privada bajo un capitalismo embridado sobre bases actuales no estuvieran dirigidas por los financieros globales. Esto estimularía el aumento de la actividad productiva en relación con la especulación desestabilizadora. La expansión de la inversión pública bajo el capitalismo embridado —en escuelas, sanidad, transportes públicos y generadores de energía solar— promovería una mayor productividad y un medio ambiente limpio así como una trayectoria inversora más estable que la dominada por Wall Street. Podría incluso devolver su vigor a la idea de una presencia pública considerable a la hora de determinar el sendero de crecimiento de la economía. Una economía que funcionara con algo cercano al pleno empleo en condiciones dignas acarrearía a su vez rentas medias más altas, mayor igualdad y, de tal suerte, mercados domésticos más animados. Bajo determinadas circunstancias, un mercado doméstico fuerte puede estimular la inversión privada aunque haya descendido el porcentaje de la renta nacional total correspondiente a los beneficios.

Por supuesto, el modelo no estaría exento de contradicciones, como no lo estuvo el modelo de la edad de oro. Al fin y al cabo, el capitalismo no puede funcionar si los capitalistas no obtienen lo que consideran como beneficios apropiados. Pero lo que los capitalistas podrían aceptar como nivel de beneficios «apropiado» depende del clima político, social y moral de conjunto. Además, las verdaderas contradicciones de un capitalismo embridado sobre bases nuevas serían menos graves que los esfuerzos que serían necesarios para mantener en pie un modelo viable de Estado del bienestar aprisionado con una camisa de fuerza neoliberal. En este caso, las políticas públicas continuarían estando dominadas por las finanzas globales y por los efectos de un ejército de reserva de fuerza de trabajo en continua expansión. Mientras tanto, la autoridad pública en la toma de decisiones sobre la economía podría menguar hasta quedar reducida al capítulo de las transferencias sociales entre diferentes segmentos de la clase trabajadora y de los pobres.

Cabe considerar una última cuestión. Dados los fracasos evidentes del capitalismo desembridado y los límites igualmente evidentes del capitalismo embridado de la edad de oro, ¿no debería la izquierda volver a litigar por un socialismo como programa máximo? A mi modo de ver esto carecería de realismo, aunque sea deseable en tanto que visión a largo plazo de cómo ha de construirse una sociedad justa. El problema es que, en este período histórico, verdaderamente no sabemos con exactitud cómo sería una economía socialista, ni sabemos cómo pasar de nuestra realidad actual de predominio neoliberal a algo que se aproximara a una visión de una economía socialista. En cuanto tal, a mi modo de ver hoy el socialismo debería considerarse como una serie de retos y cuestiones, y no como un paquete de respuestas obvias y confeccionadas.

El principal reto que recojo de la lectura del *Capitalism Unleashed* —que bien podría no ser el mensaje que Andrew Glyn nos quiere transmitir— es que la izquierda necesita elucidar cómo construir una versión reactivada de un capitalismo embridado que funcione. Volver a poner las bridas al capitalismo nos permitirá, entre otras virtudes, ver con mayor claridad lo que podría ser una economía socialista y democrática en un mundo en el que las fuerzas políticas que proponen el igualitarismo hayan conseguido acumular una fuerza decisiva.